

«MULTUM LEGENDUM»

ACTAS DEL XII CONGRESO INTERNACIONAL
JÓVENES INVESTIGADORES SIGLO DE ORO
(JISO 2022)

Carlos Mata Induráin, Ariel Núñez Sepúlveda y Miren Usunáriz Iribertegui (eds.)



LA ARAUCANA Y HEART OF DARKNESS:
PROBLEMÁTICA DE LA REPRESENTACIÓN DEL OTRO

Antonio Jesús Rubio Martínez
University of Wisconsin-Milwaukee

Como indica el título, en este trabajo voy a tratar sobre la representación del *otro* tanto en el poema épico de Ercilla como en la novela corta de Joseph Conrad. El orden será cronológico y, a modo de conclusión, quisiera evidenciar las semejanzas y mayormente las diferencias que encontré entre una y otra. Cualquiera que las haya leído sabrá que los textos son harto distintos en muchos sentidos, y tal vez por eso no se han comparado demasiado. Sin embargo, pese a los poco más de tres siglos que las separan, ambas narraciones, en verso y en prosa respectivamente, guardan, de fondo y también a ojos de la crítica, unas conexiones que me gustaría resaltar. Ambos son textos narrativos basados en hechos o circunstancias históricas recientes de las que el autor mismo ha sido testigo; así, tanto Ercilla como Conrad estuvieron allí, en el Arauco o en la cuenca del Congo. En el caso del español, el hecho es aún más excepcional, pues no son muchos los relatos que podamos juzgar autobiográficos en la épica de los siglos XVI y XVII. Pero, advierto desde ahora mismo, estamos ante textos literarios, no ante documentos históricos.

Publicado en: Carlos Mata Induráin, Ariel Núñez Sepúlveda y Miren Usunáriz Iribertegui (eds.), *«Multum legendum»*. *Actas del XII Congreso Internacional Jóvenes Investigadores Siglo de Oro (ISO 2022)*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2023, pp. 601-615. Colección BIADIG (Biblioteca Áurea Digital), 71 / Publicaciones Digitales del GRISO. ISBN: 978-84-8081-780-6.

Quisiera introducir brevemente a Ercilla¹. El futuro poeta perdió a su padre, don Fortunio García de Ercilla, magistrado, con muy corta edad, y fue su madre, Leonor de Zúñiga, la que se ocupó de su educación y la que consiguió que se convirtiese en paje del príncipe Felipe². Así, comenzó una relación personal entre ambos que llegó a la dedicatoria del poema que nos ocupa³. Felipe II nombró a Andrés Hurtado de Mendoza nuevo virrey del Perú y a Jerónimo de Alderete nuevo gobernador de la frontera chilena, y Ercilla, bien por servir a su rey, por verse embriagado con las historias fantásticas sobre el Nuevo Mundo, o por haber sido víctima del desamor, partió con estos a finales de 1555⁴. Comienza así su aventura en Indias, que había de durar ocho años. Muerto Alderete de unas fiebres, Hurtado de Mendoza recurrió a su hijo, García, para suplir la falta del gobernador. Con este, Ercilla descendió desde Lima hasta el Arauco. Allí lo vemos guerreando contra los araucanos hasta la batalla del poste de Ongolmo, reflejada en el trigésimo canto de la obra, en la que Cautipolicán, líder de los indios, cayó prisionero por la traición de un tal Andresillo. Una vez acabada la guerra, y tras un enfrentamiento con

¹ El mismo poeta hace referencia al origen de su apellido, más antiguo incluso que la villa de Bermeo, «cabeza de Vizcaya» (ver Ercilla, *La Araucana*, XXVII, 30). Esta insistencia, como es bien sabido, es fruto de la identificación de Vizcaya y de sus gentes como hidalgos universales, por lo que probar su vizcainía salvaba a quien fuese de cualquier mancha. Cosa curiosa es esta, pues al tiempo se ha especulado con el origen sefardí de nuestro poeta. Hasta tal punto alcanzó este gusto por el abolengo de Vizcaya que, aun nacido en Madrid, Juan de Izaguirre, en la investidura de Ercilla como caballero de Santiago en 1571, declaró que era «natural e vecino desta dicha villa de Bermeo» (Uhagón y Guardamino, 1897, p. 77).

² Puede que fuese por unas pestes que azotaron Valladolid en setiembre de 1534, donde residía la familia siguiendo a la corte. Contaba Ercilla con poco más de un año (Medina, 1917, p. 8). Entonces, Leonor de Zúñiga consiguió ser guardadamas de doña María, hija del emperador don Carlos. Desde esta posición, Leonor obtuvo para su hijo la plaza de paje del futuro rey.

³ En estos términos, no muy alejados de los de otros partícipes de la conquista americana, se expresa Ercilla, mostrando a su rey el servicio que le ha hecho: «¡Cuántas tierras corrí, cuántas naciones / hacia el helado norte atravesando, / y en las bajas antárticas regiones / el antípoda ignoto conquistando; / climas pasé, mudé constelaciones, / golfos innavegables navegando, / extendiendo, señor, vuestra corona / hasta casi la austral frígida zona!» (XXXVII, 66).

⁴ Hay que decir que estos nombramientos, hechos en Londres, vienen después de la rebelión de Francisco Hernández Girón, al que entonces ya se había ajusticiado, y de la muerte de Pedro de Valdivia, gobernador de Chile, a manos de los indios.

el gobernador que por poco le cuesta la vida, abandonó América para nunca más regresar tras una breve estancia en el Perú⁵. En España, terminó la primera parte, que publicó en 1569, y aún escribió otras dos más, en las que se ubican los excursos sobre Lepanto y San Quintín. Casó al poco con María de Bazán, dama de la reina doña Isabel e hija única del matrimonio formado por Gil Sánchez de Bazán y Marquesa de Ugarte, familia muy cercana a la Casa Real⁶. No paró de viajar por Europa, asistió a la coronación de Rodolfo II como rey de Bohemia y participó en la guerra de unión de Portugal a la Monarquía hispánica. Murió en Ocaña, provincia de Toledo, a la edad de sesenta y un años.

Recibió Ercilla halagos por sus versos, aunque no siempre por su historia. Así lo recoge Alonso de Góngora Marmolejo, autor de una notable crónica fecha en 1575, pocos años después, como vemos, de la publicación de la primera parte. En ella, expone un evidente juicio de valor al poema, achacándole su falta de rigor histórico:

[...] aunque don Alonso de Arcila, caballero que en este reino estuvo poco tiempo en compañía de don García de Mendoza, escribió algunas cosas acaecidas en su *Araucana*, intitulado su obra el nombre de la provincia de Arauco; y por no ser tan copiosa quanto fuera nescasario para tener noticia de todas las cosas del reino, aunque por buen estilo, quise tomarlo desde el principio hasta el día de hoy⁷.

El cronista de Carmona pretende «refutar todo lo que el cronista consideraba fruto de la imaginación poética de Ercilla»⁸. El descrédito al que somete a Valdivia, por cuya codicia los araucanos de Ercilla se rebelaron, no parece tener justificación histórica. Frente a este

⁵ Según nos cuenta Medina, fue por una pendencia que tuvo nuestro poeta con Juan de Pineda, hombre altanero que se metió entre Ercilla y Pedro Olmos de Aguilera, que iba a su lado. El gobernador, por solventarlo, echó mano de un garrote y derribó de su montura a Ercilla. Los condenó a muerte esa misma noche, y no perdió la cabeza porque una mujer cuyo nombre aún se desconoce intercedió por él, no se sabe en qué términos, ante el gobernador (Medina, 1917, p. 90).

⁶ Tanto es así que fue guardajoyas y guardarropas de Felipe II antes de ser este rey. Así lo atestiguan diversas fuentes contemporáneas y posteriores. Ver Horcajo Palomero, 2005, p. 523, y Medina, 1917, p. 121.

⁷ Góngora Marmolejo, *Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile y de los que lo han gobernado*, pp. 89-90.

⁸ Promis, 2008, p. 202.

«perezoso y negligente / incrédulo, remiso y descuidado»⁹, Caupolicán, personaje principal en el poema:

Era este noble mozo de alto hecho,
varón de autoridad, grave y severo;
amigo de guardar lodo derecho,
áspero, riguroso y justiciero;
de cuerpo grande y relevado pecho,
hábil, diestro, fortísimo y ligero;
sabio, astuto, sagaz, determinado,
y en cosas de repente reportado¹⁰.

En la crónica se lo tiene por crudelísimo y ni siquiera se menciona su conversión final, como sí en el poema. Traigo aquí a Góngora Marmolejo por representar a los disconformes que ven la historia en la literatura y advierten del engaño, si es que no caen en él, que puede suponer leer un texto literario como histórico. Sin embargo, no he venido a hablar de él ni de la recepción de *La Araucana*, sino de la representación del otro, que tiene en Caupolicán a uno de sus miembros más destacados¹¹.

El otro es espejo, por reflejo y por contrario, de uno mismo¹². Cuando Tácito se acerca a los germanos, lo hace también para buscar a los romanos, entender sus propios aciertos y errores. Así, como dijera Todorov, «los otros también son yos: sujetos como yo, que sólo mi punto de vista, para el cual todos están *allí* y sólo yo estoy *aquí*, separa y distingue verdaderamente de mí»¹³. Este extraño, este segundo ha estado siempre en la literatura, y muy en especial en la española. Toda nuestra Edad Media está recorrida por la oposición al otro, en este caso al musulmán. Frente a él se refuerza la idea de la Restauración de España, por mucho que el proceso se extienda por

⁹ Ercilla, *La Araucana*, II, 90. Frente a esta imagen tenemos la exaltación del Inca Garcilaso. Ver Inca Garcilaso, *Comentarios reales de los Incas*, cap. XX.

¹⁰ Ercilla, *La Araucana*, II, 47.

¹¹ La importancia de que goza en el poema se advierte en la literatura chilena posterior, desde Pablo Neruda hasta Santos Chocano. Para más información, ver Cifuentes Aldunate, 1983, pp. 59-77.

¹² Tzvetan Todorov ha escrito largo y tendido sobre este asunto, y en ciertas cuestiones no anda errado, pero desde luego juzga de manera arbitraria la conquista de América, tachándola para empezar de genocidio (Todorov, 2003, p. 14).

¹³ Todorov, 2003, p. 13.

ocho siglos de inconstancia¹⁴. Sabiendo quién y cómo es el otro termina por reconocerse, o por construirse, a uno mismo. Pero el otro no es siempre enemigo; del otro puede uno enamorarse, compadecerse. Los romances fronterizos están plagados de esto, tradición que llega hasta alguna leyenda becqueriana. En este caso, Ercilla contraponen a españoles y araucanos, y no solo en el campo de batalla, donde ambas naciones demuestran un heroísmo entre valiente y temerario. Nuestro poeta no inventa a los indios, ni es el primero en equiparar su valor con el propio; ya Pedro de Valdivia y otros autores insistieron en la relación entre la Hispania prerromana y el Chile prehispánico, algo que se ve en Conrad. El pueblo araucano es de

gente [...] tan granada,
tan soberbia, gallarda y belicosa,
que no ha sido por rey jamás regida
ni a extranjero dominio sometida (I, 6, vv. 5-8).

El apelativo *belicoso* ya aparece en otros textos sobre ellos y será aún un tópico literario para los posteriores; pero desde luego se basaba en una realidad rebelde, tal vez por desconocer monarquía o régimen estable, como señala en su *Historia natural y moral de las Indias* el jesuita José de Acosta. La indómita defensa de los araucanos es carne de verso como lo ha sido siempre lo heroico del hombre. Los mismos españoles sabían mucho de defensa férrea como en Numancia, las Baleares o Viriato. Esta libertad, de la que son muy amigos, los convierte en héroes colectivos como a los españoles por conseguir domeñarlos. Ercilla canta, por lo general, una guerra, una además muy cercana en el tiempo, por lo que idealismos para los españoles caben pocos si no se quiere caer en una pantomima. Más al contrario, se acerca en su texto a la *Farsalia* de Lucano, que no idealiza con sus versos a ninguno de los bandos de la Guerra civil, como tampoco lo hizo Ercilla con los españoles, pero sí con los araucanos¹⁵. Ercilla, desde luego, los tiene en alta consideración, a pesar o precisamente por haber guerreado con ellos. Se admira en su prólogo de que, siendo pobres y de peor técnica que los españoles, ofrezcan tan efectiva resistencia a las armas de los conquistadores. La represen-

¹⁴ Para tratar la discusión sobre el término, ver Ríos Saloma, 2005.

¹⁵ Para la relación entre Ercilla y Lucano, pero también con Virgilio, ver Gómez Canseco, 2022, Serrano Guevara, 2007, y Cristóbal, 1995.

tación de los araucanos no es un simple idealismo. Desde luego, suponen para el poeta todo un misterio, y de la tímida silueta de lo conocido en medio de la tiniebla indescifrable surge la imaginación, surge la literatura, nutrida además de todo el aparato de la épica de la que fue lector atento. Pero los indios no son santos como los pinta Las Casas; son hombres y mujeres que luchan por su libertad, que matan y muy cruelmente como mueren y lloran. Hay un pasaje en el que no puede haber buenismo:

Y a las tristes mujeres delicadas
el debido respeto no guardaban,
antes con más rigor por las espadas,
sin escuchar sus ruegos, las pasaban;
no tienen miramiento a las preñadas,
mas los golpes al vientre encaminaban,
y aconteció salir por las heridas
las tiernas pernezuelas no nacidas (VI, 36).

En este cruentísimo pasaje, no hay manera de justificar un buenismo lascasiano. Y es que cierta crítica ha entendido que la representación de los indios como personas razonables, organizados en torno a un líder y con respeto a los ancianos supone un acercamiento a las tesis que el dominico elucubra en su *Relación*. A los indios se los idealiza porque tampoco es interés de Ercilla escribir en mapuche, y los hace portadores de una retórica tan cuidada como la española¹⁶. Cuando se escoge a Caupolicán como líder, se discuten las cualidades que este debe tener, y los araucanos dicen muchas cosas con sentido. Esto lo leen algunos como prueba de su compleja sociedad política, en la que la retórica ocuparía un lugar destacado. No obstante, el valor de la palabra está en muchísimas civilizaciones y hasta la encontramos en «Anaconda», de Horacio Quiroga, en la que la asamblea no es de araucanos sino de sierpes. La elocuencia de Caupolicán se atestigua en las crónicas anteriores y posteriores a *La Araucana*, pero también su fuerza física y su crueldad. Los indios lo seguían por temor, decía Góngora Marmolejo.

¹⁶ Desde luego, esto corresponde a una proyección de lo previo a lo novedoso, en este caso a los araucanos. Ercilla formaría parte de quienes entienden en buena medida las circunstancias de los indios, como cree Todorov de Hernán Cortés. Ver Todorov, 2003, p. 137.

Un pasaje que ha cobrado mucha importancia y que hasta se ha relacionado con una crítica no ya a la conquista de América sino al supuesto maltrato de judeoconversos y moriscos es el de Tegualda, mucho más avanzado el relato¹⁷. En él se ha detenido la crítica, pero a mi entender con muchos errores. Por poner un contexto, se ha sucedido una terrible batalla entre españoles y araucanos que ha cedido a las armas del rey Felipe. A la noche, Ercilla ve a lo lejos una sombra que se mueve a cuatro patas. El poeta, personaje en este caso, no puede dejar de acercarse. Para su asombro, la sombra se yergue y descubre a una mujer que le suplica por su vida. Se llama Tegualda y busca a su esposo, que yace muerto en alguna parte. El poeta la ayuda a buscarlo y escucha su historia. Es uno de los excursos de mayor valor de *La Araucana*, pues confiere una singular riqueza al poema, que ya no es solo hierro y sangre, sino dolor del que queda, del que ama más allá de la muerte. Tegualda se convierte en un momento en narradora de su propia historia, que es la de muchas. Así, se confirma que los araucanos son hombres hechos del mismo barro que los españoles, que aman, penan y entierran a sus muertos¹⁸. Su representación jamás puede ser deshumanizante, pero tampoco es idealista barata ni lascasiana. Tegualda es víctima de la guerra, como lo sería la esposa de cualquier español muerto entre esos montes¹⁹. Si este pasaje ha sido uno de los más comentados, otros fragmentos no han recibido el mismo interés por no tener un evidente desarrollo. Y es que

¹⁷ Como bien dice Aura Bocaz Sandoval, «la historia de Tegualda [...] es una integración típicamente épica y un excelente medio compositivo para ubicar una historia en un mundo de mayor extensión y, por consiguiente, hacer que ella sea aprehendida como la historia de muchos otros seres que pueblan ese mundo más amplio» (1976, p. 11).

¹⁸ Comenta Francisco Rodríguez: «*La Araucana* puede leerse como una crítica de la conquista americana por los españoles debido a que ésta, según Ercilla, fue motivada, sobre todo, por razones imperialistas, geopolíticas y económicas resumidas en la palabra codicia» (2009, p. 257), algo de lo que duda Todorov (2003, pp. 18 y ss.).

¹⁹ En otro momento, dice: «Por donde en justa guerra permitida, / puede la airada y vencedora gente / herir, prender, matar en la rendida / y hacer al libre, esclavo y obediente: / que el que es señor y dueño de la vida, / lo es ya de la persona y justamente / hará lo que quisiere del vencido, / que todo al vencedor le es concedido» (XXXVII, 8). Para atender una crítica a esta justificación, ver Bartolomé Frías de Albornoz, quien dice que «no creo que me darán en la Ley de Jesucristo que la libertad de la ánima se haya de pagar con la servidumbre del cuerpo» (*Arte de los contractos*, fol. 130v b). La modernización es mía.

aparecen algunos estereotipos comunes sobre los indios en aquellos años, en particular después de la conquista de México. En un momento dado, dice que

Gente es sin Dios ni ley, aunque respeta
aquel que fue del cielo derribado,
que como poderoso y gran profeta
es siempre en sus cantares celebrado.
Invocan su furor con falsa seta
y a todos sus negocios es llamado,
teniendo cuanto dice por seguro
del próspero suceso o mal futuro (I, 40).

De la misma manera, hay un momento en la obra en la que los araucanos caen en la antropofagia, pecado espantoso que se explica, no obstante, no por influjo demoníaco sino por la gran hambruna que hubo, que hizo que «tal madre hubo que al hijo muy querido / al vientre le volvió do había salido», dos versos finales en una octava trágica. Por las bondades que encontramos entre ellos, no podríamos decir que son víctimas de ninguna posesión, y sus pecados se explican con la necesidad más radical. Para concluir, quisiera mencionar la alabanza o censura de algunos de sus comportamientos. Por un lado, tenemos a Lautaro, personaje de inmensa proyección posterior, sirvo de Valdivia y líder de la rebelión contra este. Mientras define como «gran esfuerzo y valentía» el acto de Lautaro, Ercilla rechaza tajantemente el engaño de Andresillo sobre Caupolicán:

La más fea maldad y condenada,
que más ofende a la bondad divina,
es la traición sobre amistad forjada,
que al cielo, tierra y al infierno indina,
que aunque el señor de la traición se agrada
quiere mal al traidor y le abomina:
¡tal es este nefario maleficio,
que indigna al que recibe el beneficio! (XXXI, 1).

En torno al 138 a. C., Audax, Minuro y Ditalco, lusitanos o lusones amigos de Viriato apuñalaron al héroe mientras dormía por el cuello. Cuando fueron al campamento romano, Servilio Cepión les respondió que «*Roma traditoribus non praemia*». Tal parece la acti-

tud de Ercilla ante esto, pues la traición favorece a sus mismos intereses, pero reniega de ella porque «el mismo interesado le aborrece». Este es ejemplo de la equidistancia, de la imparcialidad épica que lo hace maravillarse de la defensa de los araucanos de lo suyo, y determinar que una traición lo es siempre, y que ha de soliviantar a cualquier justo²⁰. No significa que Ercilla se afilie a la causa araucana, que lamente su sometimiento; de hecho, en un momento arguye que es designio divino que los españoles rindan esta tierra. El poeta encuentra deleznable esta traición como admira la bravura de araucanos y españoles en el campo de batalla. Tampoco los apoya puesto que el objetivo de los excursos de Lepanto y San Quintín sirven para evidenciar cómo el poder de Felipe II, al que está dedicado el poema, se extiende desde el norte de Francia hasta Grecia, y desde Portugal hasta Chile, la nueva frontera, la Nueva Extremadura.

Una frontera similar parece ser el río Congo para Joseph Conrad. El escritor, nacido en una familia polaca en la actual Ucrania, pero por aquel entonces parte del Imperio ruso, llegó a Inglaterra gracias a la intervención de su tío y benefactor, que lo sacó de la difícil situación de su familia, víctima de la represión zarista²¹. Con una primera parada en Francia, alcanzó el país del que luego sería estandarte literario sin apenas conocimientos de inglés, pero habiendo leído a Shakespeare en su juventud²². En 1890, frisando los treintatres años, la Sociedad anónima belga para el comercio en el Alto Congo lo contrató por su experiencia como marino, y durante aquel año estuvo en el Congo belga, patrimonio particular del rey Leopoldo, cuya destrucción le produjo una honda huella que se convirtió, andando el tiempo, en *El corazón de las tinieblas*, publicada en 1899²³. Es indudable que la novela, llamémosla así para entendernos, supone

²⁰ De todas maneras, hay que decir que Ercilla no se posiciona a favor de la sulevación araucana, por mucho que reniegue de la actuación de Andresillo. Así lo podemos advertir en la definición de guerra justa del poeta en las primeras octavas del trigesimoséptimo canto, que no reproduzco aquí por no extenderme más. Así, no parece razonable decir que rechaza la política de Felipe II ni en Chile ni en Portugal.

²¹ «Conrad's family played a significant role in this history, sacrificing their fortune, liberty and life for an idealistic cause while maintaining no illusions about the possibility of success» (Meyers, 2001, p. 2).

²² Ver Meyers, 2001, p. 7.

²³ Alguno diría que es respuesta al Jubileo de Diamante de la reina Victoria en 1897, exaltación máxima del imperialismo británico. Ver Watts, 2008, p. XII.

una feroz crítica contra el colonialismo europeo en África, con especial insistencia en el «sepulcro blanqueado», que en principio representa a Bruselas²⁴. Y es que nadie puede achacar a Conrad que desatienda las torturas, los asesinatos, las vejaciones que los europeos cometían sobre los africanos, obsesionados con el oro, con la extrema codicia. En ese punto, desde luego podemos relacionarlo con Ercilla, que señalaba la codicia como principio de los males de los españoles, como si de una plaga bíblica se tratase. Desde luego, falla Chinua Achebe, sonoro crítico de la obra frente a la que publicó *Things Fall Apart* y que atinó precisamente en lo que tal vez la novela de Conrad carece, al achacar la representación de los negros en la novela como racismo, porque la cuestión es más profunda; y es que estos no tienen voluntad²⁵. Frente al Okonkwo de Achebe o el Caupolicán de Ercilla, no hay nombres propios entre los negros, que siempre son víctimas de maltratos, presas de la depravación del hombre blanco que, viéndose más poderoso en la técnica, se cree superior por la raza. La opinión de Conrad con respecto al colonialismo es bastante sistemática y me atrevería a decir que errónea. Ya dije en la sección de *La Araucana* que Pedro de Valdivia, junto a otros, comparan Chile con España como tierras semejantes por la riqueza de sus suelos y la gallardía de sus gentes. Así lo hace también Conrad, con la citadísima frase de que «And this also [...] has been one of the dark places of the earth» (p. 105). Es evidente que esto pudo en su día molestar a quienes siempre tuvieron a Inglaterra como germen de civilización, en una obsesión anglosajona y centroeuropea que nos explicaría la obsesión de los nacionalsocialistas con encontrar algo de desarrollo en las tribus germánicas más allá de lo que pudieran copiar de Roma. Pero es que Roma, a la que en tanta consideración se le tiene, tampoco sale muy bien parada. Dice Conrad que

They [los romanos] grabbed what they could get for the sake of what was to be got. It was just robbery with violence, aggravated murder on a great scale, and men going at it blind —as is very proper for those who tackle a darkness. The conquest of the earth, *which mostly means the taking it away from those who have a different complexion or slightly flatter noses than ourselves*, is not a pretty thing when you look into it too much. What redeems is the idea only (p. 107).

²⁴ Evidente referencia a *Mateo*, 23, 27.

²⁵ Ver Achebe, 2016, pp. 14-27.

Para Marlow, que podemos relacionar más o menos con Conrad, entiendo yo, no hay mucha diferencia entre lo que hicieron los romanos y lo que hacen británicos, franceses y belgas en África. Roban, además, porque desean la tierra de los otros, los otros que son *otros* por su complexión o por sus narices. De ahí que ponga el resaltado. Debemos considerar la obsesión que los decimonónicos tenían con la raza y, además, con el determinismo, que en buena medida inunda buena parte de la literatura de este siglo, incluso la española. Recordemos que si *Oliver Twist* es bueno no es por firme voluntad suya, porque sus obras lo salven, sino porque resulta venir de una buena familia, por lo que no podía ser de otra manera; su origen familiar había de salvarlo de la adversidad en que había caído. Marlow no parece tener esperanza en que el hombre pueda hacer el bien; de esta manera, todo es un círculo vicioso, la historia, un constante fluir de víctimas pascuales para más gloria de la nada. Es meridiano que Marlow debe ser pesimista después de ver el horror que los europeos han traído al Congo; es justificable su rechazo a las ideas buenistas de la anciana, que piensa que la misión va a civilizar y a mostrar la fe verdadera a los africanos, aunque la misma reconoce que los trabajadores también tienen que sacar rédito de todo esto. Poderoso caballero es don Dinero. África no es Chile, no es el lugar en el que prosperar y asentarse, en el que hacerse uno mismo en búsqueda de la fama sirviendo a las armas del rey y a la palabra de Dios; África es fascinante, pero depredadoramente fascinante. Dice Marlow: «it fascinated me as a snake would a bird—a silly little bird» (p. 108).

Y, en este contexto, no pueden caber hombres. «I didn't want any more loitering in the shade, and I made haste towards the station» (p. 119). Todo esto después de lamentar la muerte cruel y lenta que los europeos ofrecían como progreso a los africanos; eso sí, en estos términos:

They were dying slowly —it was very clear. They were not enemies, they were not criminals, they were nothing earthly now, —nothing but black shadows of disease and starvation, lying confusedly in the greenish bloom. [...] These moribund shapes were free as air —and nearly as thin (p. 118).

¿Por qué «negras sombras de enfermedad e inanición»? Desde luego, la descripción, sobre todo las imágenes que evoca son poderosas, pero también lo eran las comparaciones con animales de los movimientos de españoles y araucanos. Vayamos también a un fragmento citado con mucha recurrencia: la mujer de la orilla. Escribe Conrad a través de Marlow:

She walked with measured steps, draped in striped and fringed cloths, treading the earth proudly, with a slight jingle and flash of barbarous ornaments. She carried her head high; her hair was done in the shape of a helmet; she had brass leggings to the knee, brass wire gauntlets to the elbow, a crimson spot on her tawny cheek, innumerable necklaces of glass beads on her neck [...] And in the hush that had fallen suddenly upon the whole sorrowful land, the immense wilderness, the colossal body of the fecund and mysterious life seemed to look at her, pensive, as though it had been looking at the image of its own tenebrous and passionate soul (p. 168).

La descripción de la mujer, como la de los hombres hambrientos, es preciosista, aunque en esta ocasión ya no irónica. A esta mujer, dicen más tarde, parecieron robarle unos harapos, y tuvo suerte de que Mr. Kurtz estuviese cansado aquel día, porque si no, se sugiere, la hubiese matado. Aquí tenemos un tímido conato de singularidad, algo que, sin embargo, es incomparable con la profundidad a la que llega Ercilla con el lamento de Tegalda, por tan solo poner un ejemplo. Es esta mujer anónima personificación del alma de África, pero como pudiera serlo una pantera o un elefante. No distinguimos entre la explotación humana y la de los recursos naturales, en tanto que los africanos ni siquiera se manifiestan. Solo en un momento, al inicio del texto, en el que se ven forzados a llevar a un peregrino obeso derrotado por los calores ecuatoriales, se niegan a llevarlo, a pesar de un elocuente discurso en inglés de Marlow. Es cierto que Conrad, siempre a través de su *alter ego*, razona el canibalismo como muestra de la penosa situación en la que los negros se encontraban; pero pocas más son las palabras que oímos de personajes negros en la obra, ¡y eso que está ambientada en África!²⁶

²⁶ Su abstracción puede relacionarse con la identificación que cierta crítica ha hecho de la navegación del Congo como una catábasis. Ver Bowers, 2006, p. 118.

El racismo de Conrad es un tema muy discutido desde que Chinua Achebe escribió su famoso texto²⁷; aquí pretendo evitar esta calificación tan facilona, no negando que haya racismo en la obra, sino que la representación que del *otro* se hace en *El corazón de las tinieblas* es disolutoria; frente a los definidísimos araucanos de Ercilla, Conrad, por el mismo estilo que adopta, por las exigencias formales de su tiempo o porque simple y llanamente no quiso, que para eso es su novela, no se preocupa por incluir la historia que merece ser contada, como diría Ercilla, de los africanos. Es siempre la degeneración de los blancos en África, degeneración que hace sufrir a los negros como hace sufrir a los elefantes²⁸. No es casualidad que a Marlow se lo compare más de una vez con Buda; es el budismo, que entronca muy bien con cierto individualismo de evidente raigambre protestante, la que sustenta este deseo de Marlow de salvarse a sí mismo curándose de espanto²⁹. No intercede, no escucha, no atiende, porque no necesita hacerlo; es una construcción del *yo* en la que el *otro* parece innecesario y hasta incómodo. El *otro*, como vimos antes, hace perder el tiempo, molesta con sus quejas de dolor, con su olor a muerto. No es que sea simplemente racista; es que deshumaniza. Es inhumano Marlow, en ocasiones tan espantosamente equidistante. Y no deshumaniza a los africanos para disolverlos en la oscuridad de la cuenca del Congo, la última frontera de la civilización; es que tampoco los blancos que lo acompañan son humanos. Marlow, en la práctica, no se diferenciará mucho del sueco que lo acogió al principio, del hombre que se colgó, del rácano auditor de las cuentas y de Kurtz, corrompido por el poder. Las relaciones humanas llevan a la

²⁷ Comenta Terry Eagleton que era un texto, sobre todo, ambiguo. Ver Eagleton, 1976, p. 135.

²⁸ Dice Watts: «the European emissaries of “progress” become demoralized and deranged by their isolation in Africa, and in which the “civilizing mission” is depicted as primarily an avidity for commercial profit» (2008, p. XII). Es una idea que, lejos de ser peregrina, entronca con otros textos de la tradición inglesa, como pudiera ser *The Lord of the Flies*, de William Golding.

²⁹ A pesar de esto, Shuting Sun opina que «He [el imperialista] has made his victims into the monsters he wants them to be in order to legitimize his exploitation of them. If this is so then the real monsters are those that lurk within the imperialist himself and he projects his hate onto his enemy so as not to recognize it in himself» (2019, p. 66). Pudiéndose matizar, queda claro que Ercilla no hace esto; frente a su reconocimiento, Conrad nos ofrece llantos, figuras anónimas.

catástrofe; el hombre es un lobo para el hombre; no parece haber esperanza.

De ahí que la diferencia sustancial entre Ercilla y Conrad es que el uno sí ensalza a los otros, les da voz, aunque idealizada, proyecta en ellos lo que de por sí tienen los araucanos reales y lo que ha leído en las otras épicas, que por lo general también se han ocupado de los pensamientos del otro. Hasta César, en *La guerra civil*, por hacerla más creíble reflejó la preocupación del Senado al saber que este había pasado el Rubicón. El género de la épica, desde luego, exige otras maneras de representar, otras preocupaciones. En la novela de Conrad, por su parte, todo esto está tan apartado que ni tan siquiera aparece; el hombre no tiene solución ni salvación posible, sino que es un ir y venir de sangre, de dominio del uno sobre el otro. Si es natural en el ser humano, si es inevitable, si todos los imperios son iguales, uno cae sin remedio en el desaliento, en la desesperanza. Es efectivamente un viaje al corazón de las tinieblas, pero a las tinieblas del hombre, que de ninguna manera puede alojar luz en su interior.

BIBLIOGRAFÍA

- ACHEBE, Chinua, «An Image of Africa: Racism in Conrad's *Heart of Darkness*», *The Massachusetts Review*, 57.1, 2016, pp. 14-27.
- BOCAZ SANDOVAL, Aura, «El personaje de Teguvalda, uno de los narradores secundarios de *La Araucana*», *Boletín de Filología* (Universidad de Chile), 27, 1976, pp. 7-27.
- BOWERS, Terence, «Conrad's *Aeneid: Heart of Darkness* and the Classical Epic», *Conradiana*, 38.2, 2006, pp. 115-142.
- CIFUENTES ALDUNATE, Claudio, «Caupolicán: creación y recreaciones de un mito», *Versants. Revue suisse des littératures romanes*, 4, 1983, pp. 59-77.
- CONRAD, Joseph, *Heart of Darkness and Other Tales*, Oxford, Oxford University Press, 2008.
- CRISTÓBAL, Vicente, «De la *Eneida* a la *Araucana*», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios latinos*, 9, 1995, pp. 67-101.
- DONOSO RODRÍGUEZ, Miguel, «Algunas reflexiones sobre la recepción de *La Araucana* en la *Historia* de Alonso de Góngora Marmolejo», *Hipogrifó. Revista de literatura y cultura del Siglo de Oro*, 8.2, 2020, pp. 583-596.
- EAGLETON, Terry, *Criticism and Ideology: A Study in Marxist Literary Theory*, Londres, Verso, 1976.
- FRÍAS DE ALBORNOZ, Bartolomé, *Arte de los contractos*, Valencia, Imp. de Pedro Huete, 1573.

- GÓNGORA MARMOLEJO, Alonso de, *Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile y de los que lo han gobernado*, ed. de Miguel Donoso Rodríguez, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2019.
- GÓMEZ CANSECO, Luis, «Latines en *La Araucana* (o cómo leyó Ercilla *La Eneida* y *La Farsalia*)», *Annali di Ca' Foscari. Serie Occidentale*, 56, 2022, pp. 261-278.
- HORCAJO PALOMERO, Natalia, «Influencias foráneas en la joyería española del siglo XVI», en Miguel Cabañas Bravo (ed.), *El arte foráneo en España: presencia e influencia*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2005, pp. 516-524.
- INCA GARCILASO, *Comentarios reales de los Incas*, ed. de Carlos Aranibar, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1990.
- MEDINA, José Toribio, «*La Araucana*». *Vida de Ercilla*, Santiago de Chile, Imprenta Elzeviriana, 1917.
- MEYERS, Jeffrey, *Joseph Conrad. A Biography*, Nueva York, Cooper Square Press, 2001.
- PROMIS, José, «Formación de la figura literaria de Caupolicán en los primeros cronistas del reino de Chile», en Hugo R. Cortés, Eduardo Godoy y Mariela Insúa (eds.), *Rebeldes y aventureros: del Viejo al Nuevo Mundo*, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert, 2008, pp. 105-219.
- RÍOS SALOMA, Martín Federico, «Restauración y Reconquista: sinónimos en una época romántica y nacionalista (1850-1896)», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 35, 2005, pp. 243-264.
- RODRÍGUEZ, Francisco, «Conquista, raza y religión en el episodio de Te-gualda: cantos XX y XXI de *La Araucana*», *Revista Chilena de Literatura*, 74, 2009, pp. 251-265.
- SERRANO GUEVARA, Patricio A., «*La Araucana* y el estoicismo renacentista e imperial romano. Séneca, Lucano y Virgilio en Alonso de Ercilla», Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2007.
- SUN, Shuting, «Imperialist Ideology and Kurtz in *Heart of Darkness* and *Apocalypse Now*», *English Language and Literature Studies*, 9.2, 2019, pp. 64-72.
- TODOROV, Tzvetan, *La conquista de América: el problema del otro*, ed. de Martí Soler, Ciudad de México, Siglo XXI, 2003.
- UHAGÓN Y GUARDAMINO, Francisco Rafael de, «D. Alonso de Ercilla y la Orden de Santiago», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 31, junio-septiembre de 1897, pp. 65-220.
- WATTS, Cedric, «Introduction», en Joseph Conrad, *Heart of Darkness and Other Tales*, Oxford, Oxford University Press, 2008, pp. xi-xxviii.